

EL INFIERNO DESATADO

Seudónimo: Ariadna Farauste

Aquel bar era bastante cutre, estaba lleno de peña y el humo del ambiente me confirmaba que el tipo que vendía costo en la puerta estaba haciendo negocio con más gente a parte de conmigo. Pero me gustaba verlo así, cuanto más personas, menos se fijaba nadie en uno y a mí me gustaba pasar inadvertido.

Sin pensármelo mucho crucé el pantano de personas que me engullía y me fui al cuarto de baño a prepararme algo para fumar. Luego me aposté en una esquina, encajonado entre la marabunta y me ahogué en mis propios malos pensamientos. A la tercera calada casi me sentía feliz.

El embotargamiento siempre me apretaba la bragueta, así que me puse a mirar alrededor a ver si había alguna minifalda inquieta que quisiera aliviar a mi pequeño amigo. Fue entonces cuando la vi a ella, sentada en uno de los pocos taburetes que había en la barra y con la vista perdida en el interior del líquido de su copa.

Era verdaderamente guapa, algo poco usual por el local, sobre todo porque tras observarla un rato me percaté de que estaba sola, nadie la acompañaba. Podría ser un polvo menos corriente, también menos barato, pero no estaría mal intentarlo.

Al acercarme reparé mejor en ella, en su pelo castaño revuelto, en su piel clara, sus labios húmedos de alcohol y su camisa blanca. Una de corte bastante masculino y lo suficientemente abierta como para ver el nacimiento de sus pechos.

- ¿Puedo invitarte a una copa de lo mismo que tomas?

Alzó la vista hacia mí, sus ojos eran intensamente verdes. Parecía sacada de la portada de una revista, demasiado guapa para ser verdad. En ese instante lamenté no haber tomado la molestia de afeitarme y de haberme cepillado los dientes.

- Ya tengo una.

Un ligerísimo acento la señalaba como extranjera.

- ¿Puedo entonces tomarme una igual yo contigo? – le pregunté poniéndome a su lado. Ella arrugó la frente ante mi atrevimiento, sin embargo, aunque esperaba que se levantara y se fuera o directamente, me pidiera que lo hiciera yo, lo que hizo fue dirigirse al camarero.

- Otro vodka con soda, por favor.

No dije nada hasta que el camarero llegó con la bebida, entonces saqué del bolsillo de atrás de mi vaquero un cigarrillo y empecé a preparar no con demasiado disimulo otra vez algo para fumar.

- ¿Hace?

- No – respondió tajante, yo terminé de liar el cigarro y me lo llevé a la boca.-
Eso te está matando.

- Todos nos estamos matando.

- Unos más rápidos que otros.

- Me gusta ser el mejor y el primero en todo, cariño.

El polvo poco corriente encogió la nariz ante el apelativo cariñoso y volvió a perder la vista en su copa. Jugaba con la pajita haciendo tintinear los hielos, me ignoraba deliberadamente.

- ¿Cómo es que has venido sola?

- Intuía que aquí habría compañía suficiente.

- ¿Y yo te soy suficiente cariño?

- Olvidaré que me has llamado así, por segunda vez.

Me reí hasta que me di cuenta de que lo decía en serio. Había sido una advertencia velada mientras se volvía y apoyaba los codos en la barra, mirando a los que bailaban en la pista. Seguí su vista intentando ver lo mismo que ella, una gorda con los

ojos pintarrajeados de negro, una con las tetas en el ombligo, un tipo que iba vendiendo ruletas rusas en un frasco lleno de pastillas de colores y varias adolescentes con los ojos turbios de quién sabe qué.

- Seguro que te han llamado cosas peores.

- No sin pagarme antes.

- ¿Eres una puta?

- Con colgados como tú, no.

- Más quisieras, tía mierda – me ofendí, pero en ella no hubo reacción. No movió ni un solo músculo de su cara, siguió mirando en dirección a la pista, hacia un tío que se enrollaba con una rubia bien proporcionada.- Será hija de la gran puta...

Estuve a punto de irme, de dejarla allí con sus paranoias y sus aires de grandeza, pero sin embargo me quedé. Ahora más que nunca tenía ganas de follarla como la ramera que decía que era, para demostrarle que las furcias lo eran con cualquiera.

- Vayamos a otro lado – dije soltándole el dinero al camarero para pagar mi copa y apurando ésta de un solo trago.

- No me voy a acostar contigo – seguía sin mirarme, así que me puse delante para que no pudiera evitarme.- Quitá de en medio, ¿vale? Hay mejores espectáculos que tú esta noche. Ve a drogarte a la esquina donde te apostaste antes.

- ¿Tienes miedo de que alguien como yo pueda hacerte gritar como una gatita en celo? – le murmuré acercando mi boca a su oído, su fragancia era dulce, la más dulce que había aspirado jamás.- ¿Es a eso a lo que le tienes miedo?

- Te sobrestimas, deberías ser tú el que tenga miedo a gritar.

Su voz sonó como el hielo.

- Conozco a las de tu clase – admito que fue un farol. - He estado con chicas como tú.

- No creo.

- Te aseguro que en menos de una hora, estarás en mi cama por tu propia voluntad.

Volvió a mirarme de arriba a abajo con esa autosuficiencia que yo quería apalear, como si el taburete de aquel antro fuera su trono y ella una soberana ante su peor vasallo.

- No sabes donde te metes.

- Pero sé donde quiero meterme – le dije acariciando con la yema de mi dedo índice la parte externa de su muslo.- Vámonos.

Soportó imperturbable la grosería y no me dijo que no, permitió que cogiera su mano y la sacara de allí con demasiada facilidad. Una facilidad que debió hacerme desconfiar y presagiar el peligro.

Sólo tenía un casco, así que se lo di para que se lo pusiera. Lo hizo y luego aceleré mi Honda para que nos llevara al piso, atravesando las calles del centro a la velocidad de la luz. El local cutre quedó a nuestra espalda.

El polvo menos corriente debió agarrarse a la propia moto, porque no sentí sus brazos alrededor de mi cintura como hubiera esperado y deseado. Pero no importaba que me evitara ahora, terminaría por sentirme. Estaba feliz, la caza de aquella noche no sólo había sido rápida, sino fecunda.

Cuando detuve la moto, ella como si supiera donde vivía tomó la iniciativa y subió por las escaleras de mi destartado edificio. El aire olía a orines y el portal a verdadera cloaca.

- Es aquí – le dije para que se detuviera al llegar al cuarto piso y le abrí la puerta. Ella me observó con curiosidad un momento y luego cruzó el umbral deteniéndose en lo que podría llamar mi salón. Aunque no era más que pintura de pared que se deshacía en

jirones, algún viejo sillón, un par de mesas y años de desperdicios de comida para llevar por los suelos.

- ¿En serio vives aquí?

- Duermo aquí, vivir, vivo en la calle.

Sonrió ladeando la cabeza hacia la toda clase de ruidos que trepaban desde el callejón cercano.

- ¿En serio logras dormir? – ironizó mientras yo soltaba las llaves sobre la mesa, con tan pocos reflejos que cayeron al suelo.- Este lugar es tan deprimente como tú.

Ahora sí que no le contesté, sólo me lancé con furia sobre ella hasta empujarla y apretarla contra la pared. No había encendido la luz, pero aún así podía ver sus ojos con la débil penumbra que entraba por la ventana. Más brillantes que en el local y su piel aún de una palidez más sideral.

- A ver quien es deprimente ahora – le dije agarrando sus manos por las muñecas y apretándolas sobre su cabeza. Ella sólo sonrió, como si nada le preocupara, dejando sus labios entreabiertos, a un solo milímetros de los míos.

Era un verdadero imán sexual, la tía que más cachondo me había puesto en mi vida y en la que deseaba hundir la lengua hasta amordazarla con mi propia saliva. Pero no fui capaz. Me sentí hipnotizado, paralizado, incapaz de hacer otra cosa que no fuera no perder de vista sus ojos verdes.

Y fue entonces cuando pasó, cuando me metí de lleno en la pesadilla. Una sed repentina y putrefacta llegó a mi boca, como si en el interior de mi garganta seca se estuviera descomponiendo un animal e hiciera que un calor insoportable y terrible me subiera por la nuca.

- ¿No ibas a hacerme gritar, Don Juan? – me dijo ella zafándose de mis manos, al tiempo que yo me apoyaba en el sofá más cercano, intentando encontrar aliento al agudo malestar que sentía.

- No me encuentro bien – murmuré limpiándome la frente con el faldón de mi camiseta, sudaba.- Debe ser lo que me he metido.

- Obviamente eres muy listo – dijo ella sin dejar de observarme, su mirada verde se hizo más intensa y sus pupilas taladraron mi carne. Los espasmos de dolor cada vez más fuertes no me dejaban respirar.- ¿Te sientes mal?

¡Dios, era ella la que me estaba haciendo sentir esto con aquellos ojos que eran como dos estrellas de luz que ardían en su rostro!

- ¿Quién coño eres tú? – logré preguntarle entonces, apretando mi mano contra el pecho y resbalándome hasta quedarme sentado en el suelo. Si el dolor continuaba con esa violencia no sería capaz de soportarlo mucho más, me desmayaría o moriría, no sabía, pero no podría soportarlo más.- ¿Eh? Dime, ¿quién demonios eres?

- Esa es una pregunta equivocada – volvió a sonreír de esa forma tan afrodisíaca y despreocupada que la hacía parecer más dolorosamente hermosa.- ¿Primero me traes a tu casa y luego me preguntas quién soy? Debería ser al revés Franky, primero saber quién es alguien y luego decidir si corres o no peligro trayéndolo a casa... - miró a su alrededor durante unos segundos en los que en mi cuerpo se mitigó el dolor - ... a casa, o a lo que quiera que sea esto.

La pesadilla de sus ojos volvió a empezar con su mirada. No podía ser real. Sacudí la cabeza y parpadeé, pero nada cambió. Ella seguía allí, mirándome con una sonrisa, como si esperara que diera las últimas brazadas antes de darme por vencido y dejar que mi cuerpo se ahogara.

- ¿Cómo sabes mi nombre? ¿Por qué me haces esto?

- Franky...

Sentí que la sangre me hervía en las venas y me invadió la desesperación.

- Por Dios, si lo que quieres es dinero... - le dije advirtiéndole que me encontraba en los últimos minutos de mi vida -... puedo conseguírtelo, en serio, sólo dame unos días y...

- ¿Dinero? Jamás querría algo tan vulgar – volvió a interrumpirme ella acucillándose para estar a mi altura.- Lo que quiero de ti ya lo estoy consiguiendo. ¿No lo notas?

De mi tráquea se empezaron a escapar leves gemidos, algo me aprisionaba el abdomen.

- Pero no deberías estar preocupado – continuó hablándome.- Dijiste que te gustaba ser el primero y el mejor en todo – sonrió de nuevo de aquella manera y ladeó la cabeza.- La muerte, no es tan mala. Tú deberías saberlo, juegas continuamente a tentarla.

- No es verdad, yo no quiero morir...

- Lástima que esa decisión ya esté tomada, sólo aguarda unos minutos.

- No, por favor... - jadeé comenzando a llorar y moquear como el ser deprimido que ella antes ya me había dicho que era.- Pero por qué yo...

- Te elegiste tú mismo, ¿recuerdas? Yo podía haber escogido a cualquiera del local. Así que no es algo personal.

- Pero por qué...

Se alzó de hombros con impotencia.

- Cuestión de razas. El tiempo se mueve más rápido para la mía que para la tuya, de vez en cuando necesitamos equilibrar eso.

Y volvió a sonreír. Yo no pude hablar más, pero continué observándola por plazo de unos breves instantes en los que intenté convencerme de que aquello no podía ser cierto, que la muerte no podía sobrevenirme así, de manos de una criatura de sonrisa sensual, que disfrutaba de la vida, quitándome la mía.

- Señor de todos los nombres, Arenas del tiempo, te entrego una vida y te invoco para que abras el camino que la ubique en tu oscuridad – empezó una liturgia en un susurro que me arrancaba el alma a mordiscos y que me hizo darme cuenta de que ya no había vuelta atrás, de que no podría hacerla parar.*- Señor de todos los nombres, Arenas del tiempo, te entrego una vida y te invoco para que abras el camino que la ubique en tu oscuridad. Señor de todos los nombres, Arenas del tiempo, te entrego una vida y te invoco para que abras el camino que la ubique en tu oscuridad...*

Sus palabras surtieron efecto y el camino que retenía mi corporeidad fue despejado y mi aspecto material quedó tirado en el suelo, junto con cajas vacías de pizzas y abandonadas latas de cerveza. Sin poder evitarlo mi débil conciencia fue alzándose en una lenta espiral.

- Señor de todos los nombres, Arenas del tiempo, te entrego una vida y te invoco para que abras el camino que la ubique en tu oscuridad...

Ahora sé que el tiempo no siempre transcurre a la misma velocidad. No es una constante universal. Hay días que duran años, semanas con más de siete días y meses que se alargan toda una vida.

El segundo que tardé en dejar de existir, fue eterno.